

**Jean Ray**

# Los enigmas de la inscripción



## I - EL FINAL DE UNA "SERIE DE INTRIGAS"

La casa del señor Edwin Rules se encuentra situada en Clarendon Street, a doscientos metros de la Belgrave Road, y, ciertamente, es una de las más antiguas de las vetustas casas de ese elegante barrio de Westminster.

Se distingue de las demás no solamente por su elevada y negra fachada, con esculturas cubiertas por la pátina de los siglos, sino también por su altivo desdén a alinearse con ellas. En efecto, es preciso atravesar una especie de minúscula explanada, que en otro tiempo fue una pradera o un jardín, antes de acceder a la estropeada escalinata de piedra azul que, tras una subida de siete escalones, lleva hasta la puerta, provista de rejas, postigos, adornos y clavos de hierro, como la puerta de un convento.

Pero esta puerta no se contenta únicamente con estos adornos tan poco ordinarios: se enorgullece además de una inscripción en letras góticas que un profano no consigue descifrar, y que tras bastantes intentos, y después de haberlo conseguido, le asombra o espanta, pues esta inscripción es verdaderamente muy extraña:

*Cada uno tiene su secreto.*

*¿Lo tienes tú?*

*¡Yo tengo el mío!*

*Yo no te pregunto el tuyo.*

*No me preguntes el mío.*

Algunos folkloristas e historiadores han copiado esta inscripción, la han discutido y examinado y, a pesar de todo eso, no han conseguido descifrarla.

El señor Rules, el dueño del lugar, preguntado en numerosas ocasiones al respecto, se encogía de hombros con aire de perfecta ignorancia. Hacía cerca de quinientos años que la casa pertenecía a la familia Rules, de la que él era el último representante, pero eso no le hacía comprender mejor lo que sus lejanos antepasados habían hecho esculpir en la madera de la puerta de su casa.

Por otra parte, el actual propietario de esta antigua mansión era un hombre ignorante, deseoso de poder vivir una vida tranquila en su vejez, soltero empedernido, conservador y tradicionalista.

Le gustaba recibir a algunos amigos, en general pequeños burgueses del barrio, tratarles de acuerdo con las conveniencias, pues era un tanto chapado a la antigua, y leerles algunos poemas que él componía sobre temas tiernos y pasados de moda.

La Casa Rules es espaciosa, y en siglos pasados debió de poseer gran número de sirvientes; pero el estado actual de la fortuna de Edwin Rules no le permite un lujo semejante y, en el momento presente, su servidumbre se reduce a tres personas: la severa miss Alice Donovan, el ama de llaves; el criado Mat Bellows, viejo sabelotodo del lugar, y Kate Grummer, la cocinera... ¡Magnífica *cordón bleu*! Si creemos a las criadas del vecindario, había rechazado principescas ofertas para permanecer al servicio del señor Edwin Rules.

Todas estas personas vivieron hasta ahora, y desde hace

muchos años, la tranquila vida de su señor, sin prever ciertamente la intrusión de los elementos extraños que vamos a narrar.

Así, el 20 de octubre amaneció, para los habitantes de la casa de Clarendon Street, bajo los auspicios de una perfecta felicidad.

El señor Edwin Rules, que festejaba su cincuenta cumpleaños, iba a recibir dignamente a sus amigos.

Una enorme tarta, salida de los hornos de la famosa pastelería Bresson, estaba colocada desde la víspera en el centro de la mesa, adornada con cincuenta velitas multicolores, que brillarían con una pequeña llama efímera en el momento del postre.

Desde las siete de la mañana, cuando el señor Rules había llamado a la digna miss Donovan, discutían una grave cuestión:

–¿Me pondré mi traje color tabaco o mi levita verde botella, miss Alice? – preguntaba con aire preocupado.

Miss Donovan frunció las cejas, reflexionó y decidió:

–Mejor su levita verde. Hoy cumple usted cincuenta años, sir Edwin, lo que equivale a decir que se despide de la juventud.

–Tiene usted razón, miss Alice – se apresuró a responder el buen hombre –; usted siempre tiene razón. ¿Querría usted traerme la carta del menú que vamos a ofrecer?

Miss Donovan llamó inmediatamente a Kate Grummer, que rápidamente comenzó a dar explicaciones atropelladas y definitivas:

–Se sentarán a la mesa a las cinco, pero los invitados llegarán a las cuatro y media; durante los treinta minutos siguientes se les servirá oportuno con pastelillos de hojaldre fríos. Después les ofreceremos:

“Sopa de tallarines. Rábanos con mantequilla; salsa de pimienta, anchoas, apio en sal gruesa. Ostras en su concha; aves al plato. Tarrinas de huevas de carpa; un lomo de vaca asado. Un paté de rodaballo; un guisado de caza; pescado a la crema. Faisán asado; lomo de liebre a la marinera. Champiñones gratinados y alcachofas rellenas como acompañamiento. Suflé de calabaza; pudings variados; y de postre, además de esa tarta que no me parece en absoluto comestible, quesos franceses y escoceses, compotas, frutas variadas y frutas en aguardiente.”

El señor Edwin Rules aprobó con la cabeza.

–Es maravilloso – dijo –. Sin embargo voy a permitirme una observación, una pequeña observación... muy pequeña... me hubiera gustado un paté de riñones a la pimienta...

–¿Riñones a la pimienta en una cena de cumpleaños como ésta?  
– exclamó Kate Grummer –. ¿Y mi reputación..., cómo iba a quedar mi reputación, señor?

–Es cierto... – dijo rápidamente el pobre Edwin Rules –. ¡Nada hubiera resultado más desagradable en este banquete que riñones a la pimienta!

Kate se alejó con la cabeza alta, orgullosa de su victoria, y el dueño de la casa se volvió hacia miss Donovan.

–Ocupémonos ahora de nuestros invitados – dijo.

–Nuestros invitados y amigos de siempre – interrumpió ella –. En primer lugar, el honorable Francis Tunder, juez de paz y mayordomo de la parroquia; el señor y la señora Belair, personas de

buena cuna; el matrimonio Crane...

En este punto, miss Alice arrugó ligeramente la nariz.

–... Comerciantes, tenderos, pero que nos son útiles porque nos venden los mejores alimentos a precios razonables.

–El señor Anselmus Crane ha escrito un libro de poemas – añadió displicente el señor Edwin Rules.

–En cualquier caso, esa no es una razón para invitarle – dijo acremente el ama de llaves –; las personas de bien que han escrito libros de poemas son muy pocas, señor Rules. ¡Debiera saberlo usted!

El pobre hombre inclinó la cabeza y ahogó una lágrima por su *violín de Ingres*, pero ya miss Donovan había continuado su enumeración.

–El señor Kay Bleacher, nuestro vecino, un hombre muy rico.

–No me gusta demasiado... – dudó el señor Rules.

–Habla de un modo autoritario, ya lo sé. Esperaba esta observación de su parte, señor; pero nosotros tenemos, o mejor aún, usted y él tienen intereses comunes; sabe usted perfectamente que posee un derecho de servidumbre sobre una parte del jardín de atrás y que jamás hace uso de él.

–Sí, sí – gimió el señor de la casa –, usted siempre tiene razón.

–También vendrá la familia Lobster. Son sus primos, no sé verdaderamente cómo, sin duda por casualidad, pero son sus primos, y no se puede eliminar decentemente por completo a la familia en una cena como ésta. De ese modo tendremos siete personas de más en nuestra mesa: su primo, el señor Arthur Lobster, y su esposa, Anna

Lobster, de soltera Cheeseman, sus cuatro hijas: Ena, Greta, Wilma y Leta, así como su vieja tía Auntie Lobster.

–Se olvida usted del anciano señor Quatrefages – interrumpió el señor Rules –. Sabe usted perfectamente que él jamás se separa de los Lobster.

–Es cierto. Eso hace que los Lobster sean ocho, y además la señora Amalia Bedrop, la célebre filántropa.

Edwin Rules le lanzó una mirada suplicante, pues a sus ojos la célebre filántropa siempre aparecía bajo la forma amenazante del dragón de la fábula.

–Como puede comprobar, lo que no falta es gente – terminó miss Alice con un tono de satisfacción.

–Muy justo... – aprobó su señor –. Pero permítame decirle que me he ocupado de invitar a la señorita Jacqueline Maugham, la deliciosa poetisa de *Sonrisas de Otoño*.

Miss Donovan lanzó una especie de silbido, un verdadero sonido de cobra enfadada.

–¿Le importa mucho su presencia, señor? – preguntó ella con una voz ácida –. Creo que esta dama no siempre es recibida por la gente que se respeta así misma, según tengo entendido.

Pero en esta ocasión el señor Rules parecía dispuesto a mantener su papel de señor de la casa.

–Me importa mucho – dijo con una voz clara –. Me gustan mucho los escritos de esa señora, así que la he invitado con una carta personal.

Miss Alice se inclinó.

–Usted es el amo, sir Edwin, y no debo discutir ni sus órdenes ni sus deseos. Miss Jacqueline Braugham...

–Perdón, Maugham...

–Como sea... esa señorita estará entre nuestros invitados.

–Estrenaré mi corbata azul con lunares verdes – decidió con un tono un tanto brusco sir Edwin.

Miss Donovan hizo un gesto de ahogado que aspira violentamente aire; durante un instante se hubiera podido creer que iba a ponerse enferma, pero ella sacó prestamente su frasco de sales de lavanda del bolso y se inclinó más profundamente que nunca.

–Daré las órdenes precisas a Bellows – murmuró ella con una voz mortecina.

El señor Rules se quedó solo y, orgulloso de festejar una doble victoria se ofreció una gota de su cordial favorito: un viejo jerez perfumado con naranjas.

El día pasó en idas y venidas por parte de los sirvientes y de los proveedores. Hacia las tres de la tarde, Bellows, bajo la severa mirada del ama de llaves, puso una mesa magnífica en el comedor, amueblado con pesados y ricos muebles flamencos y holandeses.

A las cuatro y cuarto, el matrimonio Crane, que se esforzaba siempre extraordinariamente por llegar los primeros, llamaron a la puerta, cargados de pequeños paquetes, lo que les atrajo la simpatía y admiración momentánea de miss Donovan.

Casi inmediatamente les siguieron los otros invitados, con



excepción de Kay Bleacher, que llegó cuando el oporto y los pastelillos de hojaldre ya estaban servidos. La señorita Jacqueline Maugham aún no estaba allí cuando el reloj de pared del gran salón anunció, con un sonido preparatorio, que iban a dar las cinco.

El ama de llaves ya estaba esperando la llegada de un recadero que trajera una nota de excusa de la poetisa, cuando la campanilla de la puerta de la calle comenzó a sonar y la retrasada hizo su aparición.

–Sir Edwin – dijo dando la mano al anfitrión –, para excusarme de este retraso alego un caso de fuerza mayor, ¡y qué fuerza!, y que proviene de un extraño individuo que quería, a toda costa, que diera un paseo en coche con él.

–¡Un rapto! – exclamaron las jóvenes Lobster –. ¡Oh! ¡Cuéntenoslo todo, señorita Maugham! ¡Es terriblemente apasionante!

Miss Donovan lanzó una terrible mirada a la poetisa.

–Vaya una intrigante – murmuró –. ¡Apenas ha llegado y ya quiere hacerse la interesante a toda costa!

La joven alzó los hombros con un poco de indiferencia.

–¡Bah! ¡Se desilusionarán rápidamente, señoritas! No era más que un loco. Estaba al volante de un viejo automóvil, parado en la esquina de Elm Park Road, a veinte pasos de mi casa.

“Señorita Maugham, exclamó en cuanto me vio, deseo hablarle con urgencia, pero este triste marco de calles y avenidas polvorientas no es nada propicio para una conversación con una persona de su clase. Quiero llevarla al campo, a Kingston o a Epping... Mi veinticuatro caballos la conducirá hasta allí más deprisa que el carro

alado de la leyenda persa.

“Por toda respuesta llamé a un taxi y di orden al conductor de que me trajera a Clarendon Street.

“En ese mismo instante el original anciano puso en marcha su coche y nos alcanzó a la altura de Burtons Court.

“¡Señorita Maugham! – exclamó –. Escúcheme.

“Al mismo tiempo, su coche hizo un brusco movimiento y chocó con mi taxi, que se subió a la acera. El loco se paró un instante, y luego, levantando los brazos al cielo, comenzó a chillar: “¡Fatalidad! ¡Fatalidad!” Después de lo cual se marchó a toda velocidad, dejando que mi chófer se las entendiera con una agente de policía, que acudió con intención de levantar un acta.

–¡El señor Edwin Rules está servido! – anunció Mat Bellows.

La cena fue magnífica. Verdaderamente Kate Grummer se había esmerado: a cada plato, un concierto de alabanzas se elevaba de la inmensa mesa.

La cena terminó a las diez, y entonces el señor Kay Bleacher anunció una sorpresa.

Mat Bellows entró en seguida con dos imponentes maletas, de las que sacó disfraces multicolores.

–Esto – declaró Kay Bleacher – se llama el juego de las intrigas. Todo el mundo se pone uno de estos trajes, que, como todos pueden ver, son dominós de diferentes colores. El juego consiste en adivinar quién se encuentra en cada uno de ellos. El invitado que sepa guardar por más tiempo su incógnito gana la partida. ¡Hay máscaras a

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

